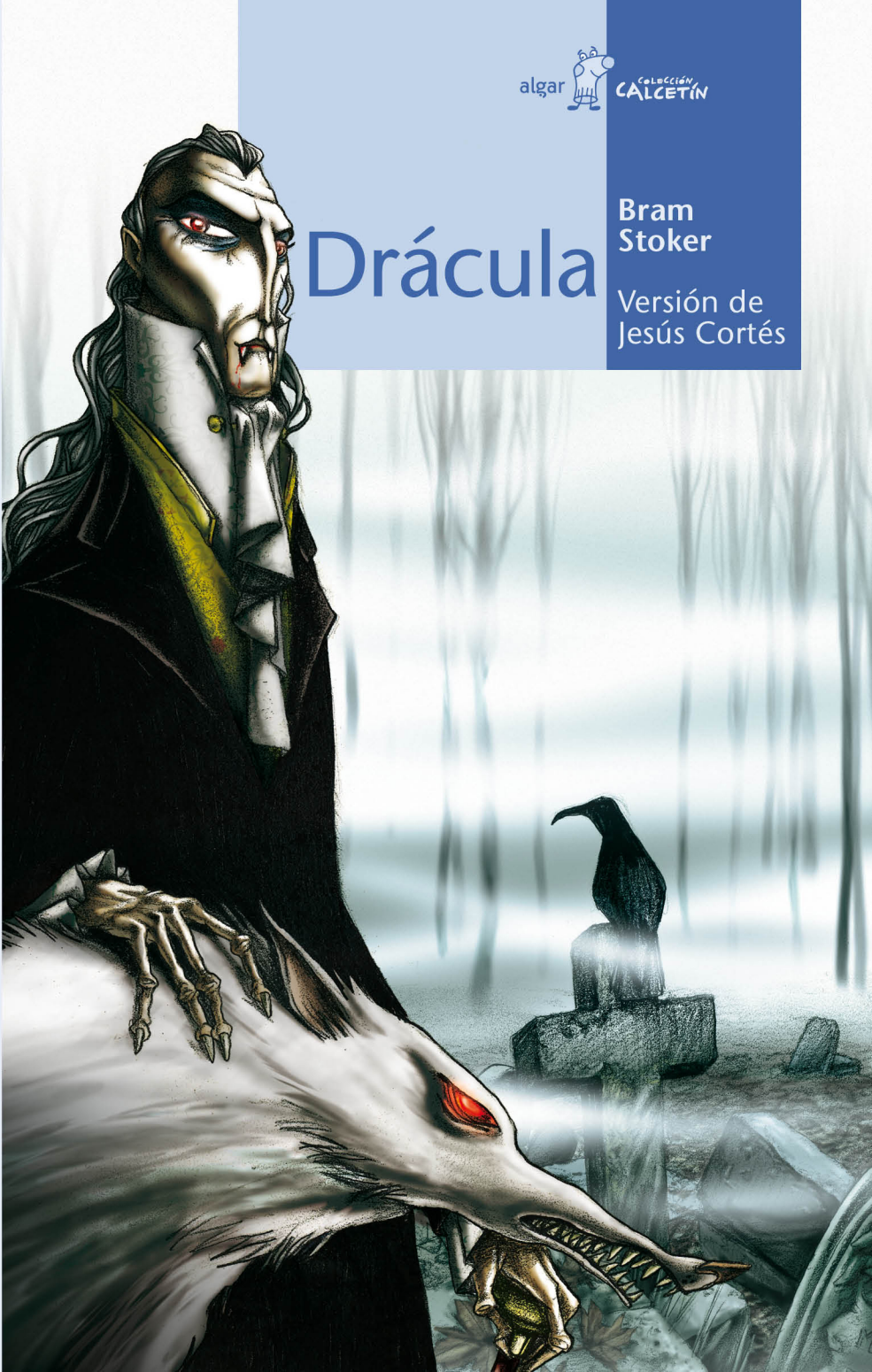
algar
Colección
CALCETÍN
Drácula
Bram
Stoker
Versión de
Jesús Cortés

1
El viajero inglés

Ya había anochecido cuando el tren que partió de Viena a primera hora de la mañana llegó a Bistrita, una aldea de Transilvania perdida en el corazón de Europa. Jonathan Harker bajó del tren cargado con dos maletas y, sin saber muy bien hacia dónde ir, se dejó llevar por el resto de los viajeros que buscaban la salida de la estación. Jonathan Harker viajaba solo y era obvio que se hallaba muy lejos de su hogar. Residía en Exeter, una ciudad situada al sur de Inglaterra. Trabajaba en una notaría, y había recibido el encargo de entregar ciertos documentos a un cliente muy importante que vivía en los

Cárpatos. El cliente era el conde Drácula. Según Jonathan tenía entendido, el conde vivía en un castillo. Pero Jonathan ignoraba dónde se encontraba el castillo o cómo llegaría a él. En cualquier caso, estos detalles no le preocupaban demasiado, ya que, por carta, el conde le había proporcionado instrucciones precisas, con el fin de facilitarle la llegada a su destino sin el menor contratiempo.

Ahora, por fin, Jonathan se hallaba en la aldea de Bistrita, muy cerca de los Cárpatos. Según las instrucciones del conde, debía alojarse en el Hotel Golden Krone, por lo que, a la salida de la estación, preguntó por su emplazamiento.

Poco tardó en encontrarlo. Se trataba de un hotel muy antiguo. Toda la aldea lo era. A Jonathan le gustó. Desde que, unos días antes, había cruzado el Danubio, tenía la sensación de que había dejado atrás Occidente para zambullirse por completo en el Oriente dominado por las tradiciones de los pueblos antiguos. Lo encontraba realmente fascinante. Y así lo había anotado en el diario que escribía sobre los incidentes del viaje.

Cuando Jonathan entró en el hotel, su aspecto de caballero apuesto y distinguido llamó rápidamente la atención de la dueña. Ésta era una mujer de cierta edad que vestía como una campesina.

–¿Es usted el caballero inglés? –le preguntó ella.

–En efecto –contestó él–. Me llamo Jonathan Harker. ¿Me esperaba?

La mujer, de repente, pareció afectada por un inesperado temor.

–Estábamos al corriente de su llegada –dijo.

A continuación, la dueña del hotel llamó a su marido y le pidió que trajese la carta que guardaban para el caballero inglés. El marido, un hombre también entrado en años que vestía en mangas de camisa, apareció enseguida con una carta entre las manos. Jonathan la cogió con un gesto muy educado.

La carta decía:

Querido amigo:

Bienvenido a los Cárpatos. Mañana por la tarde deberá partir en la diligencia que se dirige a Bucovina. Le he reservado una plaza. Mi carruaje le estará esperando en el Paso de Borgo y le conducirá a mi castillo. Deseo que haya tenido un buen viaje.

Drácula

Jonathan sonrió. Seguía ignorando dónde se hallaba el castillo, pero, al menos, ahora ya sabía cómo llegaría.

–¿Conocen al conde Drácula? –les preguntó a los dueños del hotel.

No recibió respuesta. Cuando escucharon el nombre del conde, los dueños, atemorizados, se santiguaron sin dejar de mirar al suelo.

–Tengo que visitarlo en su castillo... Un asunto de negocios... ¿Saben dónde está el castillo?... ¿O si se queda muy lejos de aquí?

La curiosidad de Jonathan se encontró con un muro de temor y desconfianza. Aun así, el dueño contestó:

–Por carta recibimos dinero y unas instrucciones que debíamos llevar a cabo. Y ya está hecho. No sabemos nada más.

Jonathan quedó visiblemente perplejo frente a aquella reacción, pero no quiso insistir. La actitud de los dueños del hotel le pareció misteriosa y extraña en grado sumo. Claro que él era un forastero. Desconocía las costumbres y la forma de ser de la gente que habitaba aquellas tierras. Pero lo cierto era que, sinceramente, no comprendía nada. No comprendía nada y, además, su desconcierto creció todavía más cuando, al día siguiente, mientras se preparaba para bajar a esperar la diligencia, recibió en su habitación la visita inesperada de la dueña del hotel.

Cuando Jonathan le abrió la puerta, ella, sin tan siquiera permitirle saludarla, le dijo visiblemente nerviosa:

–¿Es necesario que vaya?

Sorprendido, Jonathan dio por sentado que se refería al castillo del conde.

–Naturalmente –contestó–. Voy exclusivamente por una cuestión de negocios.

–Pero –tartamudeó la dueña–, ¿sabe usted qué día es hoy?

–Claro que sí. Hoy es 4 de mayo.

–Sí, ya lo sé. Pero ¿sabe qué día es?

–Discúlpeme, pero no la entiendo.

–Hoy es víspera de San Jorge. ¿Acaso no sabe que, a medianoche, todas las fuerzas diabólicas del mundo tendrán poder absoluto? ¿Sabe dónde va usted, y a qué?

Jonathan sintió un escalofrío que le atravesó todo el cuerpo. La dueña del hotel había conseguido ponerle nervioso. En alguna ocasión había escuchado rumores sobre las creencias supersticiosas que recorrían aquellas tierras. Pero, era ridículo. Él era inglés. No creía en cosas así. Sin embargo, las palabras de la mujer le despertaron una cierta intranquilidad.

–Espere un día, o mejor dos –le rogó ella con los ojos llenos de lágrimas.

–Eso es imposible. El conde me espera hoy, y sería toda una descortesía por mi parte no hacer caso de sus instrucciones.

La dueña del hotel se mostró resignada. A continuación, le ofreció a Jonathan un crucifijo que llevaba colgado del cuello. Él, para quien la dueña de un hotel merecía tanto respeto como un conde, no quiso mostrarse desconsiderado y dejó que la mujer se lo colgase del cuello. Después, ella le dijo:

–Llévelo por su madre –y, sin decir nada más, abandonó la habitación.

Por respeto, Jonathan guardó el crucifijo en el interior de la ropa, tocándole el pecho. Poco después, con el corazón en un puño, subió a la diligencia que se dirigía a Bucovina. Y no supo si fue debido a las advertencias de la dueña del hotel, a los recuerdos de supersticiones espectrales, o al mismo crucifijo que le colgaba del cuello, pero lo cierto es que todo el placer que había sentido a lo largo del viaje, de repente se transformó en una constante sensación de inquietud.

Para Jonathan Harker la pesadilla no había hecho más que comenzar.